



La geoestrategia de la energía: análisis y prospectiva

Gustavo Suárez Pertierra

Presidente del Real Instituto Elcano de Estudios
Internacionales y Estratégicos

Presidente de la Fundación Oso de Asturias

GUSTAVO SUÁREZ PERTIERRA

Nació en Cudillero (Principado de Asturias) en 1949. Licenciado en Derecho por la Universidad de Oviedo y Doctor por la Universidad de Valladolid. En 1978 ganó la cátedra de Derecho canónico y Derecho eclesiástico del Estado de la Universidad Complutense de Madrid, de la que fue Secretario General en 1981-82

En noviembre de 1982 fue nombrado Director General de Asuntos Religiosos del Ministerio de Justicia y Presidente de la Comisión Asesora de Libertad Religiosa, cargo que desempeñó hasta febrero de 1984 en que pasó al Ministerio de Defensa como Subsecretario. En 1990 fue nombrado Secretario de Estado de Administración Militar en el propio Ministerio de Defensa. Desde julio de 1993 formó parte del Gobierno como Ministro de Educación y Ciencia y dos años más tarde como Ministro de Defensa, cargo que desempeñó hasta mayo de 1996.

Diputado al Congreso por Asturias en la VI Legislatura, fue elegido Presidente de la Comisión de Régimen de las Administraciones Públicas en el Congreso de los Diputados

Reingresó a la actividad universitaria en mayo de 2000 y en diciembre del mismo año se trasladó a la cátedra de su disciplina en la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Es Profesor visitante de diversas universidades españolas y extranjeras, así como miembro de sociedades académicas y pertenece a diversos comités científicos y fundaciones. Es autor de varias decenas de estudios sobre su especialidad. En 2005 ha publicado dos estudios sobre "La laicidad en la Constitución española" y sobre "Educación en valores y multiculturalismo en Europa".

Entre julio de 2001 y abril de 2005 ha sido Director del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado de investigación sobre la paz, la seguridad y la defensa. Es Director del "Master sobre paz, seguridad y defensa" y responsable general del proyecto de investigación "La administración de la defensa como política pública en Iberoamérica", de la red ADEFAL. Ha publicado numerosos estudios sobre cuestiones relacionadas con la defensa y la posición constitucional de las fuerzas armadas. Sus últimos estudios han sido sobre "Veinticinco años de Constitución y Fuerzas Armadas" y "Paz, Seguridad y Defensa en Iberoamérica. Una reflexión en común".

En la actualidad es también el presidente del Real Instituto Elcano y desde mayo de 2006 es el presidente del Patronato de la Fundación Oso de Asturias.

La geoestrategia de la energía: análisis y prospectiva*

Buenas tardes, muchas gracias.

He de expresar mi satisfacción por estar aquí esta tarde. Es un verdadero privilegio estar en la Escuela Internacional de Verano de la UGT de Asturias, una organización para mí tan especial y cercana, que constituyó mi primera militancia política-sindical en el campo de la educación. Mucha de mi actividad política está ligada a los amigos responsables de la UGT que están aquí hoy, que han querido acompañarme y a los que me une una especial relación de devoción y cariño. De la misma manera, quiero decirles a ustedes que participar en unos cursos que organiza por cuenta de la Universidad de Verano, la UGT y la Fundación Asturias, lo considero un privilegio, más si tenemos en cuenta las personas que han hablado antes que yo y las que seguirán a continuación. Espero no darles la lata en exceso.

Después de esto quiero expresar otra cautela antes de comenzar mi intervención. Esta cautela tiene que ver con la temática de la conferencia “La geoestrategia de la energía: análisis y prospectiva”, que resulta un título así, por lo menos a primera vista, muy reverencial. Todo lo que he dicho anteriormente pone de manifiesto que yo no puedo negarme a lo que me pida la Universidad de Oviedo, la Fundación Asturias y la UGT y los buenos amigos asturianos, sino fuera así, si hubiera podido negarme a lo que me pedían, cosa que ni se me pasó por la imaginación, seguramente no estaría hablándoles a ustedes de esto. Yo no soy un experto en estas cosas de la energía, y no

* Texto adaptado por la Escuela Internacional de Verano (transcripción de grabación)

solo porque no lo diga mi currículum, sino porque tengo poco que ver. Con lo que si tengo algo que ver y alguna lectura es con las tendencias estratégicas que afectan al mundo tan interrelacionado en el que hoy vivimos. Dentro de estas tendencias estratégicas, yo creo que el problema de la energía, como intentaré poner de manifiesto, es un tema absolutamente esencial.

Formo parte de un centro de análisis, de uno de esos centros que son muy nuevos en España, pero que proliferan en otras partes del mundo, que se llaman Think Tank, que se dedican a analizar en términos de coyuntura o en términos de prospectiva, justamente las tendencias geopolíticas y geoestratégicas que afectan a las relaciones internacionales. Esa es la perspectiva en la que yo voy a situarme porque dentro de nuestro trabajo, y así aprovecho para hacer un poco de propaganda del Real Instituto Elcano, hemos señalado como una prioridad muy especial dos temas que nos parecen absolutamente esenciales dentro de un trabajo en extensión que venimos realizando, y al que pueden ustedes acceder porque es libre en nuestra página web. Son merecedores de una atención especial en el momento que vive actualmente España, porque nos debemos a la posición estratégica de España en el mundo pero también a la humanidad. Estos dos asuntos son: el problema de la inmigración y los movimientos demográficos, por un lado y por otro el problema de la energía. Pero, repito, no esperen de mí un tratamiento técnico de los problemas de la energía, porque no es esto lo que voy a hacer. Voy a acercarme a la energía desde la perspectiva de la seguridad y especialmente desde la seguridad internacional.

Acotado el campo, me interesa que tengamos presente el contexto geopolítico en el que nos estamos moviendo. Estamos en un escenario geopolítico nuevo porque todo esto hay que medirlo en términos históricos, y por consiguiente, aunque ya haya pasado una buena decena de años, desde que se han adivinado las tendencias estratégicas que estamos viviendo en este momento de hoy, en términos políticos y estratégicos todavía puede decirse que estamos en un momento nuevo, al menos en el aspecto en que voy a situarme, que es un aspecto, por otra parte muy radical para la historia de la humanidad.

Una década antes del final del siglo pasado, en contra de lo que muchos esperaban, el mundo del que formábamos parte, que estaba definido por unas líneas estratégicas, se descompone. Quizás sea una palabra muy fuerte esta última, pero digamos que se viene abajo. El mundo bipolar del que formábamos parte da paso a una nueva realidad. Una década antes del final del siglo pasado cae el muro de Berlín; desaparece el pacto de Varsovia; hay una implosión que hace desaparecer a la Unión Soviética, que se desmembra y da lugar a casi una veintena de estados, una veintena de estados nuevos que aparecen en Europa mientras desaparece el mundo bipolar al que estábamos acostumbrados, y que aunque fuera un mundo inseguro, nos daba cierta seguridad porque sabíamos a qué atenernos.

Los que pensaban que la bipolaridad iba a ser sustituida por la multipolaridad se equivocaron porque la bipolaridad dejó paso a la hegemonía. Dejó paso a una situación de inestabilidad, de tensión en la que aparecen nuevos riesgos que no estaban en la agenda de la respuesta política y a los que se solían responder —me refiero a los riesgos clásicos— trabajando con la fuerza militar. Ahora aparecen nuevos riesgos que son multiformes, que tienen múltiples naturalezas, multinacionales, son difusos, muy difíciles de localizar, muy inconcretos; todo lo contrario a lo que pasaba antes donde los riesgos y las inseguridades eran perfectamente, o generalmente, identificables. Ahora se trata de riesgos y amenazas muy difíciles de prever, muy difíciles de aislar y de contener. Permanecen las antiguas tensiones que afectan al mundo, quiero decir los riesgos clásicos, pero aparecen elementos de tensión que derivan de los grandes movimientos de población, de las pandemias que vienen a asolar al mundo, del cambio climático, de las catástrofes naturales, de la urbanización creciente de la población, de la utilización abusiva del ciberespacio o de la utilización creciente, y muchas veces sin reparo alguno de los recursos energéticos.

Dentro de este contexto es donde hay que situar el panorama relacionado con la energía al que los estados se enfrentan, porque durante los últimos años ha subido rápidamente puntos en las agendas políticas el problema, y no solo en España, sino en todas las partes del mundo, de la cuestión energética. Las razo-

nes son muchas y yo voy a intentar ir exponiendo algunas razones que justifican porqué en el núcleo de los problemas de hoy está situada la cuestión energética.

Quizá la razón más mediática es que los precios del petróleo se han incrementado de una manera exponencial, desde unos 20 dólares por barril que costaba el petróleo a principios del año 2002, hasta estar situado hoy en un rango de entre 60 y 75 dólares el barril a lo largo de 2006. Esto afecta de una manera especial a todos los países que buscan garantizarse las fuentes de energía, que crean un escenario nuevo porque están tejiendo nuevas alianzas internacionales para prepararse frente a los problemas que plantea la cuestión energética, que preparan sus economías muchas veces a costa del gasto social. Cualquier alteración en el precio de los recursos energéticos, señaladamente en el precio de los hidrocarburos, es un elemento de inestabilidad que afecta a la seguridad de las naciones.

¿Por qué este incremento de los precios?, ¿por qué esta volatilidad de los precios? Los factores que están detrás del incremento del precio del petróleo fundamentalmente son muchos y su impacto, sobre la economía mundial, es complejo. Probablemente, entre otras circunstancias esa volatilidad en los precios procede, por una parte, de una expansión significativa de la demanda energética mundial a cuenta del crecimiento de las economías de Estados Unidos y Asia, señaladamente, pero también de Europa, que se viene produciendo desde finales de los años 70, porque el incremento de la demanda, probablemente, va acompañada de la expansión a la vez, bastante débil, de la oferta, que por un lado adolece de las barreras impuestas por muchos países productores: Arabia Saudí, Rusia, Venezuela frente a la inversión privada en el sector de los hidrocarburos, o incluso dicen los expertos —yo voy a hablar mucho de lo que dicen los expertos para situar en otro ámbito algo en lo que yo pueda equivocarme— por la dedicación de las empresas que explotan los recursos energéticos a devolver a sus accionistas parte de su inversión haciendo padecer, de algún modo, la inversión que se considera corta, insuficiente en su actividad como para incrementar la oferta que debiera producirse desde estos ámbitos.

El resultado de este juego combinado de demanda superior y de oferta insuficiente es una capacidad insuficiente, se dice, en todos o varios de los eslabones de la cadena de producción y distribución del petróleo. Se dice también que todo ello va acompañado de una severa escasez de técnicos y equipamiento especializado.

A estas razones habría que añadir otras: unas a las que unos dan más importancia y otros menos. El aumento de la frecuencia e intensidad de ciertos accidentes o catástrofes naturales que afectan a las infraestructuras, generalmente de explotación o transporte de los hidrocarburos. De esto saben las sociedades que padecen los huracanes del Golfo de Méjico o sabe la British Petroleum cuando necesita reparar los desperfectos que sufren los oleoductos de Alaska durante este verano pasado.

A todo ello se añade otra razón de gran entidad, al menos desde la perspectiva estratégica en la que yo me estoy situando: es la proliferación de focos de inestabilidad política en el mundo. Incluyamos al Líbano, a Irán, a Irak, a Nigeria, a Venezuela a Bolivia y a Rusia, que son países productores de hidrocarburos y países o inestables o que están situados en una zona de profunda inestabilidad política, que por tanto inyectan incertidumbre en el mercado y que ejercen presión sobre los precios. El hecho de que el precio del crudo haya bajado a 65 dólares por barril en estas últimas fechas, se debe probablemente, sin perjuicio de lo que luego diré, a la influencia de alguno de los factores a los que yo ya me he referido: por ejemplo, el fin de la violencia en el Líbano; la ausencia de fenómenos naturales que afecten a estas infraestructuras, con tanta intensidad, como sucedió el año pasado. Quizá también, al horizonte, digámoslo con prudencia, de un acuerdo relativamente favorable en la solución del problema de Irán. De todas formas, aunque el precio del petróleo pueda experimentar descensos puntuales, seguramente no puede esperarse que baje a los niveles promedio de las últimas décadas, es decir, a entre 10 y 15 dólares por barril. Nadie espera esto porque seguramente dicen los expertos, nos estamos situando ante un cambio estructural; por tanto un cambio por encima de la coyuntura, de envergadura histórica, de tal manera que, de facto, el suelo de los precios del

petróleo no sean los 15 dólares como sucedía en los años 80 ó 90, sino 50 o incluso 60 dólares.

Para pensar en esto hay varios motivos que a mí me interesa destacar en el argumento que estoy desarrollando para ustedes. Uno de ellos es que los propios países productores, tienen un fuerte interés en evitar que los precios bajen demasiado. Esto hace referencia tanto a los países denominados halcones: Venezuela o Rusia, como también a los países moderados que se sitúan en el ámbito del Golfo Pérsico, como Kuwait, los emiratos o Arabia Saudí. En el caso de los primeros porque prefieren seguir disfrutando de unos ingresos record de los que no disfrutaban hasta ahora y en el caso de los segundos, porque probablemente les gustaría contar con un colchón suficiente, algo que los expertos llaman producción ociosa, que les permita afrontar, de alguna manera, posibles fluctuaciones al alza del precio del crudo provocadas por circunstancias puramente geopolíticas. Por ejemplo, la interrupción del suministro de petróleo por parte de Irán.

Por tanto, está el interés de los países productores, pero también ejercen presión sobre el problema, más allá de estas dinámicas a corto plazo, otros factores que ponen en duda la capacidad de la industria y de los hidrocarburos, particularmente del petróleo, para satisfacer las crecientes demandas internacionales a medio y corto plazo. Esta incertidumbre que se ha hecho patente hace tan solo unos años, con la que no se contaba antes, donde estábamos instalados en una confianza, tiene a su vez diversas fuentes:

La primera: Ha surgido durante los últimos años el debate sobre las reservas de petróleo que todavía quedan o sobre lo que se llama la aproximación al cenit, al momento en que las reservas de petróleo se estancan y por lo tanto, a partir de ahí la producción comienza una senda descendente que en algún momento se cruza con la demanda al alza de los recursos energéticos por parte de los ciudadanos y los países. En esto parece que entre los expertos no hay consenso. En esto se dividen los expertos entre los optimistas, que suelen ser las agencias oficiales: es el caso de la Agencia Internacional de la Energía,

el Departamento de Energía de los Estados Unidos y los pesimistas, que son otras organizaciones o expertos como el Consejo Mundial de la Energía o determinadas asociaciones. Quiero decir que los propios límites de este debate no dan muchos motivos para la confianza y sí muchos motivos para ser cautos, porque mientras los pesimistas dicen que a partir del año 2010, por tanto al cabo de 10 minutos, estaremos en el cenit; los optimistas sitúan ese momento en que las reservas se acaban entre el año 2030 y 2040, es decir, a solo un poco más de una generación en el futuro.

Por tanto, incluso en el caso de que dispusiéramos de mucho más petróleo de lo que suponen los pesimistas, los propios optimistas nos están diciendo que más allá del 2040 no podremos satisfacer la creciente demanda de una economía mundial en expansión. Resultado inevitable, por lo menos, el incremento significativo de los precios para el futuro. Así pues, la tendencia probablemente no se va a invertir a pesar de que apliquemos criterios de eficiencia en la gestión de los hidrocarburos por parte de los poderes públicos.

Segunda: La Agencia Internacional de la Energía estima que la demanda energética de aquí a 2030 va a aumentar más o menos en un 50% si la economía mundial sigue creciendo tal como va creciendo ahora, a un promedio del 3% anual. Para el petróleo esto implica un aumento en el consumo mundial, según se dice, desde los actuales 85 millones de barriles diarios a 120 millones de barriles diarios durante los próximos 25 años. Esta es la entidad de la demanda. La Agencia Internacional de la Energía opina que gran parte de este aumento de la producción del petróleo tendrá que provenir de yacimientos que ni siquiera han sido descubiertos todavía. Por tanto, que no son reservas reales de las que podamos disponer o de las que pensemos que vamos a poder disponer en este momento y para hacerlo —para poder disponer de esas reservas que finalizarían en ese momento histórico— se necesita una inversión que es verdaderamente extraordinaria no solo en el campo de los recursos energéticos, sino en cualquier campo. Calculan los expertos que harán falta más de tres billones de dólares de

inversión en exploración, desarrollo, infraestructura del transporte, refino, etcétera... Me dicen estos investigadores del Instituto —que van poniendo algún dato restallante para que se vea la entidad de estas cifras que muchas veces nuestra retina no alcanza de verdad a poner en su lugar adecuado— que es una cantidad que equivale al PIB de Venezuela cada año durante los próximos 25 años. Si a esto se añaden otros 14 billones de dólares que supuestamente habría que invertir en otros sectores energéticos, no en energías primarias, en otros ámbitos, por parte de los países, estaríamos hablando del PIB de Brasil. Por tanto, la envergadura de todo este problema es verdaderamente grande.

Tanto el aumento de producción como la cifra de inversión son completamente inéditos en la historia del petróleo. Yo creo que se entiende perfectamente la incertidumbre a la que antes me refería.

Desde este punto de vista es inevitable pensar que el incremento del precio de los hidrocarburos, especialmente del petróleo, ejerce una extraordinaria presión sobre la estabilidad de los estados. Por tanto, sobre la seguridad energética y directamente sobre la seguridad.

Pero el aumento de precio probablemente para Europa no es el problema más significativo desde la perspectiva de la seguridad energética, seguramente sí para otros ámbitos geográficos, como la zona geoestratégica de Estados Unidos por ejemplo. Para Europa probablemente es más preocupante que la seguridad de los precios energéticos la seguridad del suministro energético. Cuestión a la que Europa es, supuestamente, mucho más vulnerable que otras zonas geopolíticas del mundo.

Mientras que las alarmas en los Estados Unidos, y es una manera de decirlo, saltan cuando sube unos dólares el precio del galón de gasolina, las alarmas en Europa saltan cuando se produce una crisis que afecta al suministro. Seguramente todos ustedes recuerdan la crisis que se produjo —que probablemente fue el detonante de la preocupación o de la preocupación más moderna en Europa— cuando Rusia cortó el suministro de

hidrocarburos a Ucrania y, por tanto, amenazó con reducir un 30% el suministro hacia algunos países de la Europa central. Seguramente muy pocos recordamos que la crisis duró exactamente dos días, no duró más, pero produjeron un efecto tan importante en el mundo europeo que a partir de ahí se fue generando una especie de conciencia generalizada sobre la preocupación que el problema que la seguridad en el suministro podría ocasionar para la seguridad de los estados europeos. Un problema como ejemplo: un atentado terrorista situado en el estrecho de Ormuz, por donde pasa diariamente el 25% del crudo que se consume en el mundo provoca una crisis de suministro que a países como los de Europa, que son extraordinariamente dependientes de la exportación de hidrocarburos, afectan de una manera verdaderamente especial.

No es esto todo en el panorama estratégico que estoy exponiendo. En los últimos dos o tres años hemos observado una tendencia que no es nueva, pero sí tiene algunas formulaciones nuevas que complica aún más el panorama estratégico de la energía. Lo que llaman los analistas el fuerte resurgimiento de los nacionalismos energéticos.

Tercero: El resurgimiento de los nacionalismos energéticos, que es bifronte, y sigue a un tiempo bastante prolongado, más de una década caracterizada por los avances en la industria petrolífera en la dirección del libre mercado. Países exportadores como Rusia, Venezuela, Bolivia y más recientemente Argelia puede decirse que amparados en ese llamado nacionalismo energético, cierran la posibilidad de participación de otros países en la explotación de sus hidrocarburos. También generan problemas para los países consumidores y para las propias empresas petroleras privadas internacionales.

Para las petroleras occidentales, y luego les va a hablar Julio Gavito que conoce en este momento el problema mejor que nadie, pero para desarrollar mi argumento tengo al menos que decir, esto supone una fuerte limitación al margen de maniobra y al campo de actuación que pueden desarrollar. Cada vez más países productores restringen la inversión directa en la propiedad privada de su sector de hidrocarburos. Esta es la tendencia

emblemática del comportamiento del gobierno ruso desde comienzos de este siglo, es decir, el proteccionismo de su propia industria nacional, pública o privada. Pero ahí está también la reciente nacionalización de los hidrocarburos en Bolivia o las reglamentaciones, que todavía no conocemos del todo bien, pero que ya preocupan de una manera esencial a las compañías petrolíferas, que se han anunciado en Argelia en las últimas fechas.

El dato: En la actualidad, si mis datos son exactos, las petroleras privadas internacionales tienen acceso libre y completo a solo el 7% de las reservas globales de petróleo y gas que existen en el mundo. Más del 70% de estas reservas están controladas por empresas energéticas nacionales, otro 17% por empresas rusas, públicas o privadas, pero tanto da; otro 6% de las reservas mundiales serían propiedad de empresas nacionales que permiten cierto grado limitado de acceso a la propiedad y a la inversión directa por parte de empresas internacionales. Lo que queda es ese 7% al que tienen posibilidad de acceso las compañías petroleras internacionales. Esta es la situación y este es el dato estratégico que puede aportarse como afectación a las empresas petroleras, a las de hidrocarburos, del momento actual o de ese planteamiento de nacionalismo energético.

Para los gobiernos consumidores de Occidente este auge nacionalista, por así decirlo, provoca un freno claro a la inversión y un desafío directo sobre posibles efectos en los precios y por el creciente riesgo de recortes en el suministro de gas y petróleo, por motivos de carácter político a los que nos tienen perfectamente acostumbrados las relaciones internacionales de este momento. Para bien o para mal, más del 85% de las reservas convencionales de gas y petróleo que existen hoy en el mundo están en países que o bien no son democracias consolidadas o son inestables políticamente. Más del 70% se encuentran en la zona geográfica que se ha denominado Gran Creciente, que es una especie de arco que comprende más del 72% de las reservas de petróleo y prácticamente de gas, porque los mapas son prácticamente idénticos, en una zona que va

desde la península arábiga, pasando por el Asia Central hasta las extensiones de Liberia, el Este de Rusia; si se trata del gas partiría un poco de parte del continente africano, con Argelia y algunas zonas del Zagreb. Luego hay otro Creciente Menor que tiene aproximadamente un 20% de las reservas mundiales, que va desde las costas occidentales africanas, pasando por la parte norte de América del Sur, por el Oeste de los Estados Unidos hasta los yacimientos de Alaska. Estas zonas geográficas disponen del setenta y pico por ciento del petróleo y del 75% del gas. Si se unen el Gran Creciente al Creciente Menor disponen del 90% de las reservas en el mundo. Quizá sea de interés decir en este momento, y así nos permite a todos descansar un momento del discurso, no es muy diferente el origen de las fuentes energéticas del origen de las importaciones en España.

En el petróleo más del 75% del total de las importaciones proviene de regímenes inestables: Oriente Medio, África y Rusia. Casi el 60% de las importaciones de gas provienen de África del Norte: Argelia, Nigeria y Libia. Para complicar más la cuestión en términos geoestratégicos, todo esto viene de lugares especialmente problemáticos desde las perspectivas de las relaciones internacionales. La mayor parte de este movimiento de hidrocarburos pasa por el estrecho de Ormuz, por el estrecho de Suez, viene por el estrecho del Bósforo y se sitúa en la cuenca mediterránea y allí se confunde, en términos geoestratégicos, con el gas que sale del Magreb. Esta es la situación, quizá un poco caricaturizada, en la que nos estamos moviendo.

Decía que aquí hay una doble entrada porque el problema del nacionalismo energético afecta, por una parte a los grandes consumidores o las grandes empresas petrolíferas internacionales, y por otra parte, a otros grandes consumidores de energía que se enfrentan al problema de otra manera, y ahora me explico, que para nosotros significan un problema suplementario. Los gigantes asiáticos, China e India, practican una especie de nacionalismo energético pero a la inversa, es decir, nosotros estamos acostumbrados a trabajar con las leyes del mercado más que con las transacciones políticas que envuelven la transacción comercial. No es el caso de estas grandes economías

emergentes, que se apresuran a pactar justamente con los gobiernos y compañías nacionales de aquellos países situados en el Gran Creciente, grandes productores del petróleo, nacionalismo por nacionalismo, por tanto y proyectan sobre el mundo occidental, especialmente sobre empresas y gobiernos occidentales, un modo de actuación que tiene raíz en el nacionalismo energético al que nosotros estamos acostumbrados.

Conviene seguramente hacer referencia a un problema geoestratégico suplementario en el ámbito de la seguridad energética y es el factor de la dependencia de los hidrocarburos frente a otras fuentes. En este sentido hay que reconocer que la Unión Europea a 25 miembros depende del petróleo y del gas para más del 60% de su consumo, no produce y tiene unas reservas prácticamente nulas. España depende de los dos principales hidrocarburos, petróleo y gas, en un 70% de su consumo energético, por tanto Europa y España están bastante expuestos al riesgo derivado de la dependencia externa. España padece una dependencia externa, de más del 75% como he dicho, pero si quitamos el efecto del carbón de producción nacional, fundamentalmente, esa dependencia externa en términos de petróleo y gas asciende al noventa y pico por ciento. Con el petróleo estaríamos en un 77% largo para la Unión Europea y para el gas en un 53%.

Hay aquí una variable que tiene algún interés que se nos ponga de manifiesto a todos. Es la relación petróleo gas, desde una cierta perspectiva. El mercado del petróleo se dice que es bastante fungible, es decir, por su propia naturaleza el petróleo es un producto divisible que se puede transportar en estado líquido, en barco. Esto quiere decir que si hay un problema de suministro en una zona, se puede buscar el suministro en otra zona, con la única consecuencia de un incremento transitorio del precio, cosa que no es baladí, pero que no tiene mayores consecuencias. Más del 90% del petróleo mundial se transporta por barco. El gas, sin embargo, funciona de manera diferente. Más del 85% del gas natural producido y consumido mundialmente se transporta por gaseoducto. Menos del 15% se mueve como gas licuado, transportado en barco y por tanto fungible de la

misma manera que el petróleo. La dependencia externa del gas natural cuando es importado por gaseoducto y mayoritariamente cuando es importado de una sola fuente, es el caso de Europa que viene de Rusia, de Argelia y un poquito de Noruega, en términos estratégicos plantea un problema serio, más o menos importante, que el que plantea el transporte de otros hidrocarburos por otros medios. Casi el 90% de las importaciones de gas de Europa llegan por gaseoducto, aunque una excepción es España. Aquí se produce el efecto justamente inverso. Por la razón que sea España ha desarrollado una infraestructura de gas licuado, —Julio Gavito entiende que es la mayor del mundo y no le gusta mucho, pero ya lo dirá luego él—, pero en todo caso es un patrón absolutamente diferente. En España más del 85% de las importaciones de gas llegan en forma licuada y, por lo tanto tienen otro modelo de vulnerabilidad, en términos estratégicos, mayor o menor. Esto se debe fundamentalmente a la instalación de plantas de regasificación en nuestro territorio.

Este es el panorama, traído en términos de expresión gráfica del problema, al que desde un punto de vista estratégico nos enfrentamos con la seguridad estratégica.

Frente a esto qué podemos hacer; me sitúo en la perspectiva de la Unión Europea, en términos muy generales y no en términos de pericia técnica. La Unión Europea ha hecho un trabajo en el año 2006 que se distribuye en dos documentos diferentes: un Libro Verde, que hace referencia a la política energética y un documento de Javier Solana y Benita Ferrero Balner, que hace alusión al tratamiento de una política energética exterior de la Unión Europea.

Desde la primera de las perspectivas, y aunque no es fácil exponer medidas a adoptar en un escenario que cambia todos los días, la Unión Europea ha sugerido para los estados, porque en definitiva la mayoría de ellas son políticas trasladables a los estados, y para la propia Unión, la realización de planes de emergencia. Estos están dirigidos a la mejor gestión en el corto plazo del problema de la demanda. Una política de gestión de la demanda, más o menos a medio y largo plazo, en conservación o almacenamiento o programas de eficiencia energética en

el transporte a los que el Libro Verde de la Energía europeo da bastante importancia o a la construcción de determinadas infraestructuras. También a la mejora de las reservas estratégicas, especialmente de gas, dice la Unión; a la definición de objetivos claros para las energías renovables dentro de la mezcla que permita hacer una mezcla energética nacional y europea más segura, es decir, conseguir una menor dependencia del exterior, y por consiguiente una mayor seguridad energética, combinado con la capacidad de que los estados miembros de la Unión Europea dispongan de la capacidad de decisión soberana para decidir su propia mezcla energética, incluyendo el papel que en cada uno de ellos debe jugar la energía nuclear —porque dentro de los parámetros que habrá que definir en algún momento dentro de la Unión Europea también está incluida—. Finalmente, la promoción de determinadas políticas públicas para la promoción de energía renovable en el ámbito de la Unión Europea. Este es el Libro Verde de la política energética que debiera realizar la Unión y los estados miembros. Puesto que yo me estoy situando en el terreno de la proyección internacional, recuerdo que Solana pide la definición de una nueva política exterior energética : o lo que es lo mismo, incorporar la seguridad de suministro a los objetivos de la política exterior y de seguridad común, por una parte, y por otra, a los objetivos de la política exterior seguridad y defensa, trabajando con una sola voz, que le de a la PES y a la PED, una mayor credibilidad e influencia. Los documentos citados se refieren a la necesidad de renegociar el acuerdo de asociación con Rusia; sería bueno profundizar en los diálogos energéticos bilaterales con los países productores, con los países de tránsito de los hidrocarburos o con los grandes países consumidores que tienen otra manera de enfrentarse al problema y a lo que antes me refería o la adopción de otras medidas de entidad, como sería especialmente destacable, la incorporación del problema de la energía, de la seguridad y de la cooperación energética a los programas de política europea de vecindad, o lo que es lo mismo, la idea de extensión del espacio genérico europeo para incluir a los países productores o de tránsito de los recursos energéticos que rodean a la Unión Europea. Algunas consideraciones en relación con la OTAN que podría dedicarse, desde cierta pers-

pectiva, a proporcionar seguridad en el tránsito marítimo de los hidrocarburos y otras medidas relacionadas con la promoción del diálogo internacional o de un nuevo marco legal internacional, quizá un tratado multilateral semejante a la Carta de la Energía.

Hasta aquí llega mi argumento no experto sobre estas cuestiones. He querido incorporar un conjunto de datos de los que venimos trabajando en el programa de energía de los que desarrolla el Instituto Elcano e hilarlos en un argumento relacionado con un concepto emergente como el de seguridad energética, poniendo de manifiesto los problemas con los que nos tenemos que enfrentar, no sé si a 2010, pero seguro, seguro que de aquí al año 2035 ó 2040.

Muchas gracias por su atención